

Una noche, Roberto Antochabía estado evocando sus recuerdos juveniles, las emociones de sus primeros éxitos, y la repentina popularidad adquirida entre los líferatos jóvenes; y, como se hubiese hecho más tarde que de costumbre, ofreció á sus amigos acompañarles hasta su villa, seducido por la noche.

Dayel y Marta se manifestaron alegres con este paseo improvisado: excitados por las relaciones del poeta, que habían llenado la conversación de la noche, caminaron á lo largo del acantilado, en la belleza del cielo y del mar, oyendo la resaca que mugía en la playa, rulando y entrechocando los guijarros con un canto dulce y lánguido al que acompañáranse metálicos sonidos y un granizar de perlas prolongado al infinito.

— ¿No le ha cansado á Vd. hoy lo largo de la

velada? Parece Vd. tan débil y delicada que nadie imaginaría la resistencia que tiene. Es Vd. como una de esas hadas de los cuentos, á las que un filtro mágico preserva de toda fatiga.

— ¿Cómo se va uno á cansar de estar oyendo cosas tan hermosas! Al contrario: estos instantes en que se evocan tantas imágenes y tantos pensamientos capaces de crear un sueño feliz, no debieran acabarse nunca: es una lástima detener la vida cuando se goza de ella.

— Quizás el mismo sueño la lleve á Vd. á otra vida más feliz todavía, en que las delicias se sientan con tanta más intensidad cuanto más completamente deban borrarse al despertar.

— Sí, dijo Dayel; uno debe forjarse su ensueño en la vida, crear una decoración á sus pensamientos, armonizarlos para sí y para aquellos á quienes quiere, en una sinfonía en que se acuerden todos los ecos de las almas.

El cielo resplandecía azul, sobre sus cabezas, con un azul intenso y luminoso y un plateado centellear de estrellas que reverberaban en el terso mar, á que daba cambiantes de moaré la brisa nocturna. Callaban, como temerosos de romper la melodía de las cosas, de hacer huir las indefinibles sensaciones de que estaban penetrados.

Dayel andaba lentamente, teniendo bajo su brazo el de Marta, mientras el poeta, al lado de ella, la

rozaba, según los casuales movimientos de a marcha, con su mano musculosa y ruda.

Fué Marta quien rompió el silencio :

— ¡Si bajáramos un momento á la playa, dijo muy quedo, á ver la subida de la marea! ¿Quieres, Juan?

— Hace tan hermoso, añadió Antoc. Ignoro si á Vd. le pasará lo mismo; pero yo no puedo encerrarme en casa, cuando fuera se me brinda un espléndido espectáculo.

— ¡Es verdad! dijo Juan.

La luna declinante resplandecía al oeste, sobre el mar, próxima á sepultarse en el abismo: hubiérase dicho que quería reunirse á su imagen reflejada en el inmenso espejo, donde encendía un dorado centelleo, y matizaba con los tonos del ópalo, el rubí y el zafiro, las gotas de agua en que se deshacían sus ondas.

El disco inmenso y lleno del astro parecía un espejo de metal destinado á reproducir la imagen de una soberbia diosa: cercábalo, cual montura de un precioso joyel, un halo de bruma, que, desde su purpúreo borde, se iba degradando en oro y azul cada vez más pálido á medida que las ondas indefinidas del anillo se perdían en la noche.

Se habían sentado los tres al pie del acantilado, en una enorme viga que habían dejado allí los carpinteros del puerto. Marta tenía la cabeza envuelta

en un ligero chal de seda, que encuadraba el óvalo sonrosado de su cara: y rubios rizos asomaban entre las blancas franjas que argentaba la luna.

Ante ellos, al otro lado del estuario, el faro de Sainte-Adresse lanzaba sobre la ecuórea superficie la irradiación de su lámpara giratoria, y las alternadas luces blancas y rojas, que marcaban los contornos del banco del Cascabel, parecían, por un efecto de óptica, cuadruplicadas en el agua. Las olas empezaban á hincharse más altas, levantadas por la brisa frescachona que precede al alba; y sonaba más rumoroso el entrecrocarse de los guijarros traídos y llevados por el flujo y reflujo del mar, que moría en ondas decrecientes.

— ¡Que hermoso sería, exclamó Dayel, poder convertir un una melodía completa toda esta sonoridad, entremezclada al silbo del mochuelo que suele cantar entre los abetos de la costa!

Soñaba así, sin ver nada de lo que tenía más cerca, sin apercibirse, cándido y confiado amante, de la alteración que encendía los ojos de Marta, los ojos de su mujer. Se había levantado y caminaba hacia el agua, que descubría á intervalos una franja de arena en que aparecían arringlados los guijarros de más peso, como cuentas de un rosario marino, festonando caprichosamente la playa en largos sartales. Y vuelto hacia el oeste, hacia el

océano infinito, encrestado de espuma, saciaba sus ojos en el grandioso espectáculo.

La costa se iba cairelando hasta el horizonte, donde cielo, rocas y agua parecían unirse. Al borde de la enhiesta muralla, recortaba su negra silueta, sobre el oscuro azul, la minúscula iglesia de Criquebœuf, y aparecían, en manchas rojas y blancas á la luz de la luna, las casitas de Villerville amontonadas, como aldea de enanos, ó juguetes de niño fantasmagóricamente dispuestos, y empequeñecidos aún más en su débil claridad, por la inmensidad ecuórea que rugía á sus pies.

Bajo el bruseo arranque de la flecha con que la gótica iglesia apuntaba al cielo, mostraba el desnudo acantilado sus entrañas blancas y rojas, de creta y arcilla, penetradas por aquel gran resplandor de luna y estrellas que encendía en chispas los torrentes que corrían entre las rocas, como otras tantas innumerables fuentes.

Antoc había tomado á Marta la mano, y ella no la retiraba, no atreviéndose quizás; él dulcificaba el sonido de su voz, bronceína de ordinario, para murmurar al oído de la joven palabras de loco deseo, entremezcladas de términos litúrgicos (como los que rezan los creyentes al pie de la Virgen), y entonando así, lentamente, una letanía de amor:

« Esa delicada belleza me enloquece, Marta. Te amo ; te amo.

» Jamás había sentido, querida mía, rubia mía, delicada y graciosa, la turbación divina que han causado en mí tus ojos de ensueño.

» Eres demasiado bella, para no apiadarte del que sincera y apasionadamente te implora; y yo espero de tí la infinita felicidad de mi vida, zaleada hasta hoy á merced de dolores y alegrías breves.

» Por tí lo abandonaré todo. Pero quiero besar tu purpurina boca, cerrar tus ojos con mis labios, jamás saciados de acariciar tu piel de rubia; quiero tejerte con mis manos un vestido de caricias. Quiero reposar en tu pecho mi fatigada cabeza, demasiado cargada de pensamientos y de dolorosos recuerdos.

» Quiero olvidar en tí todo el pasado, Marta, porque contigo surge una nueva y radiante existencia, que alumbra el sol de tu amor con todos tus rubios cabellos... »

Marta, oprimida, dejó ver dos lágrimas, que perlaron en el ángulo de sus ojos amoratados por la sombra: su mano estrechó la del Hombre, y de su pecho se exhaló un suspiro, estremecida:

— Calle usted, dijo.

Porque Dayel volvía, descubierta la cabeza, rubio, casi blanco á la luz de la luna. Y dijo, al llegar junto á ellos, señalando hacia levante una vaga línea blanca:

— Vámonos: el sol y los hombres vendrían pronto á estorbarnos.

Las luces verdes y rojas de las lejanas barcas palidecían, y ya las velas se sombreaban con más densa negrura, balanceadas sobre el agua. Más numerosas á cada instante, rasaban las gaviotas el mar, y venían á abatirse en los aguazales que llenaban las quiebras de las rocas.

— Las aves blancas nos vienen á traer la luz, dijo Marta.

Roberto Antoc no abandonó á los Dayel hasta el umbral de su casa.

— Hasta la vista, de día, ¿no es eso? dijo á Dayel.

Y luego, inclinándose á Marta:

— Señora...

Marta le devolvió el saludo ceremoniosamente, mientras Dayel, estrechando la mano de su amigo, le decía:

— Tengo ya el motivo del dúo del segundo acto. Lo acabo de encontrar ahora, solo, á la orilla del mar.

Los pájaros principiaban su gorjeo chillón en los árboles y en la colina, tejiendo al himno de las olas un acompañamiento agudo. El horizonte se encendía en bandas moradas y rojas, verdes y doradas, que gayaban la blancura azulina del cielo, y nacía el sol, rejuvenecido á cada aurora.

Marta se quejó aquel día de un vago malestar. Dayel, que se había levantado tarde, la riñó, bromeando, por su pereza. Pero después del almuerzo que se hizo más tarde que de ordinario, no pudo decidirla á dar con él el cotidiano paseo, ni aun á que le acompañara luego á casa de su vecino.

— Dile á Antoc, encargó á su marido al despedirse, que me envíe á Djineta, y, al mismo tiempo, su último libro que me prometió ayer.

Y Dayel la besó en los labios y se fué.

Una vez sola, Marta abrió de par en par la ventana, y contempló el mar: en la playa iban y venían los niños. Muchachos vestidos de franela blanca rayada de azul, y muchachas de claro, jugaban al *tennis* con rápidos y elegantes movimientos, saltos y brincos, en que el jimiélgar de las sayas de fina tela descubría un instante graciosos torneados. Marta pensó que todas aquellas criaturas eran

felices, indiferentes aún á los sufrimientos humanos, á las angustias del amor. Las damas charlaban entre sí, flirteaban con amigos que venían á visitarlas en sus tiendas : niñitas con capotas azules, rojas ó marrón, jugaban agachadas en el suelo, con la arena, vigiladas de cerca por las niñeras, atentas á que no se lastimaran. Más allá, hacia Hennequeville, entre las rocas bajas que erizan las inmediaciones del almejar, pululaban pescadores en camiseta azul, niñas de la aldea, mujeres en pernetas, ocultando bajo grandes mantones anudados por las puntas sus ropas de pesca, cubierta la cabeza de cofias de lienzo y enormes sombreros de paja ; era todo un mundo de trabajadores armados de redes, perchas y sallos, á la pesca de almejas, congrios, y cangrejos de mar.

En el deslumbrante sol, todo esto parecía á Marta confundido, y separado en tres manchas : la playa y los acantilados, blancos, de una blancura fulgurante en que bullía una confusión de colores producida por los vestidos de los bañistas y de los niños ; más allá las rocas oscuras y relucientes en que se movían los pescadores como grandes hormigas laboriosas ; y limitando ambas cosas el mar azul tornasolado de verde, sobre el cual centelleaba el sol en el chapaleteo de las ondas ; el mar inmenso surcado por las velas blancas y rojas, diminutas y alegres de las barcas, cuya obra muerta

destacaba claros matices sobre el sombrío moaré del agua.

Á la derecha, en luminosa apoteosis, avanzaba la punta de Sainte-Adresse, blanca, en el agua que se aborregaba á su alrededor ; y las casas rojas y blancas, ó blancas y azules, con techos de pizarra, se escalonaban entre los árboles. Más lejos aparecían, estrujándose, los barrios del viejo Havre, el bosque de mástiles perceptible en los días claros ; y más aún, seguía la costa festonando su encaje á lo largo del estuario, hasta perderse de vista, en la brillante orgía de la plena luz.

Marta soñaba. No había osado salir, temerosa de que la venciera de nuevo aquella emoción, que la vispera la trastornara por completo ; temía sobre todo volver á ver á Roberto Antoc después de las palabras que le había dicho en la noche, y que ella había escuchado sin replicar : sentíase culpable con Dayel, su esposo, su amante, cuya verdadera afección no se había desmentido jamás y duraba ya años.

Ella le había querido profunda y sinceramente, y extrañábase ahora de haber podido tomar en cuenta las miradas y las palabras de otro hombre. Sin embargo, al evocar la imagen del poeta se sintió palpar, como un pajarillo fascinado por un ave de rapiña, y que, seguro de ser cazado si no echa á volar, no acierta á mover sus alas y perma-

nece crispado en la rama donde fué sorprendido. Se encontraba toda poseída; él la había conquistado con la caricia imperiosa de sus ojos, encantándola con el calor de su voz ya dulce, ya razonadora, según los sentimientos que quería revelar, y que expresaba con tal fuego é ímpetu, que no permitían á nadie que le oyera, sustraerse á la impresión que él pretendía causar en el alma.

No podía explicarse su repentina debilidad con el poeta: era hermoso, ciertamente, con su cabellera algo espesa, sus ojos aterciopelados y brillantes, según los momentos y las sensaciones que experimentaba, su boca fina bajo el afilado bigote y su barba partida. Daba la impresión de un ser fuerte, de un luchador fornido, no muy voluminoso, pero bien proporcionado en el desarrollo de todos sus miembros.

Ella había amado á Dayel por su dulzura, por todo el amor que él le había demostrado. Era bello, rubio, simpático como ella, del todo parecido á ella, pero en otro sexo. En el fondo quizá le parecía una repetición de sí misma, pero en forma de hombre, que había compartido su lecho, y esto naturalmente, porque debía suceder, porque se parecían y estaban unidos desde la eternidad y destinados uno á otro. Sin duda por lo mismo constituía él un obstáculo tan débil al nuevo amor de ella, á aquella locura que no excluía el afecto de

ella hacia él; por eso no le resultaba á ella molesto el cariño de Juan.

Porque Marta no sentía nada parecido á esa aversión que conciben las mujeres por el marido ó el amante á quien han cesado de amar: ella seguía queriendo á Juan con un afecto ó una amistad agradecida y tierna; pero habíanse despertado en ella nuevos deseos, de un amor más viril, más fuerte, más imperioso, al cual, absoluta y apasionadamente, se encontraba sometida por la fuerza de las sensaciones, sin que pudiera defenderse contra la atracción irreflexiva, que la arrastraba poderosamente hacia el otro; hacia el macho, el dueño.

Hoy no había querido seguir á Dayel, asustada á la idea de que éste, tan acostumbrado á descifrar los menores sufrimientos en el rostro amado, leyera su turbación ante el poeta; de que viera en sus ojos el desfallecimiento, aun antes de que éste se manifestara.

Quería además tratar de sustraerse al encanto, no se resignaba á dejarse tomar, repugnábale el pensamiento de ser infiel al músico, á su Juan, tan cariñoso, á quien ella había amado, á quien amaba aún, á pesar del trastorno que las palabras de Roberto Antoc habían operado en todo su ser.

Hubiera querido decir á Juan: « Llévame bien lejos, y bien pronto, que el otro no pueda tomarme porque ha hecho ya presa en mí, y no tengo fuerzas

para impedir que me lleve muy lejos de tí ». Marta se apartó de la ventana, trató de trabajar sin lograr interesarse en la labor de sus dedos, y muy pronto, cayó en el ensueño. En vano quiso leer : las palabras danzaban ante sus ojos, sin que ella alcanzase á comprenderlas, á reunir las en frases y en ideas.

Soñaba, caído de sus manos el bordado, sentada, hundida en un sillón, ante el vano de la ventana. Su lozano rostro, entornados los ojos, se destacaba, en el rojo del asiento, blanquísimo, marcado de un arco de carmín por su boca entreabierta sobre el nácar de los dientes. La rubia cabellera lo aureolaba de finos rayos de oro, nimbando su frente de metálico resplandor. El busto se destacaba sobre el claro fondo que hacían al cuadro unidos cielo y mar, en el cual pasaban á lo lejos tres barcos semejan-do ligeras manchas.

Un violento campanillazo que sonó en la verja, despertó á Marta de su ensueño.

— Es Djineta, — pensó. Y como la asistenta del país, había ya terminado su faena y dejado la casa, Marta se levantó á abrir.

## XVII

La silueta de Roberto Antoc se alzaba tras la verja del jardín, en el extremo de la avenida. Marta pensó que acompañaría á Djineta, ó que vendría á persuadirle á ella que fuese á unirse con Dayel, madame Antoc y los niños. De todos modos no podía menos de recibirle.

Antoc venía solo.

— ¿Qué es esto, amiga mía? — exclamó. — ¿Así nos abandona Vd.? Me ha dicho Dayel que estaba Vd. indispuesta. ¿No sería quizás su dolencia, nostalgia de soledad, por lo cual le habría contrariado hoy nuestra compañía?

— No, dijo ella, estaba mal realmente ; pero no es nada : fué un dolor fuerte de cabeza, que ya pasó. ¿Pero dónde está Djineta? Mi marido tenía encargo de rogar á Vd. que me la mandase ; ¿no se lo ha dicho?

— Sí ; pero es que los niños han pedido á su gran

amigo Juan que los llevase con él, y he dejado también á Djineta. Hubiera temido que la molestara á Vd. Además no me encontraba hoy con ánimo de trabajar: estaba cansado, preocupado; así es que, una vez que se fueron, me decidí á venir á saber de Vd., y á verla si era posible. Me sentía solo y triste, quizás de saber que Vd. lo estaba. ¿He sido indiscreto?

Se habían sentado en la habitación; Marta había vuelto á ocupar su sitio frente al mar, acodada en los brazos de su sillón, medio vuelta hacia el poeta, que le contaba ahora el malestar que pesaba sobre él desde que no la veía.

— En ausencia de Vd., los más brillantes espectáculos, los que de ordinario me trasportaban, me parecen descoloridos, velados.

— No diga Vd. eso. ¿Cómo le voy á creer? ¡Si apenas me conoce Vd.!

— ¿Se acuerda Vd. de cierta noche de baile? Ignorando aún su nombre, la seguí por los pasillos, á través del gentío. Yo adoraba ya las esmeraldas de sus pupilas, el ardiente coral de sus labios, Marta.

Los ojos de la joven permanecían involuntariamente fijos en el centelleo de la mirada fascinadora del poeta.

— ¡Ah, Marta! yo la quiero á Vd. con locura, desde aquel día. Cuando estoy solo y evoco su re-

uerdo, hay momentos en que me siento impulsado á gritar, ante la imposibilidad de realizar mi ideal de amor por Vd.

Ella permanecía muda, escuchando aquellas palabras que la trastornaban, sin entenderlas del todo. Aun retinían en sus oídos las frases de la víspera, la letanía de adoración mezclada al bruar de las olas, á su estruendo contra las rocas, entre el hervir de la espuma y el rumor de los guijarros á lo largo de la playa.

El sol inundaba la estancia, perfumada por el aroma del mar, mezclada al ambiente femenino del santuario de amor. En un confuso ruido de alegría, oíanse las risas y la charla de los paseantes y los niños á la orilla del agua, los gritos de los jugadores de *tennis* y de *foot-ball* corriendo por la arena.

En el horizonte, las olas parecían manchar el cielo, implacablemente azul, con sus levantiscas bandas, de un verde oscuro festonado de blanco, surcadas de púrpura por la luz, ondulantes, como cintas de metal en fusión. Pasaban barcas, desplegadas á la débil brisa sus velas rojas y blancas, que parecían luminosas en el esplendor de aquel día estival. En frente, á la entrada del puerto del Havre, trababan invisibles navíos sus mástiles, sus vergas festonadas por las recogidas velas, tejiendo un enverjado que transparentaba el cielo y el caserío estru-



jándose por la falda de la colina hasta las crestas mismas de las rocas.

Y la cosa sucedió, casi sin palabras.

Roberto se había acercado á Marta y estrechádola sin que ella osase ni pudiese defenderse, completamente débil ante él, abandonada en sus brazos. Su peinador violeta se había entreabierto bajo las ardientes manos del vate, febriciente de deseo, y retazos de rosada carne aparecían entre los encajes, blanca espuma de que surgían las frambuesas del rebelde seno.

Habíala alzado con sus robustas manos y la iba desnudando : el peinador violeta yacía entre los encajes como una nota pálida y delicada en la sombra alfombra. Roberto Antoc, con sus ojos brillantes, con su oscura y ensortijada cabeza, parecía fascinar á la bella, cuya alma se rendía derrotada ; estrechaba la rubia y delicada estatuilla, que aparecía más débil y más diminuta aún al contrastar con la saliente musculatura de los brazos que la ceñían, con la robustez del artista montaraz y cabelludo, el de los ojos de fuego.

Ya brusco, ya cariñoso en sus ademanes, habíale desceñido las polleras de tela fina y trasparente : el minúsculo corsé de seda color de flor de albrichigo, salpicado de delicadas florecillas multicolores, parecía, abandonado sobre un mueble, el

estuche vacío de dos joyas gemelas, abierto y huérfano de su riqueza, de la cual conservaba la huella.

Sosteniendo á Marta y llevándola hacia el lecho, murmurábale el poeta el cántico de adoración de la belleza deseada, salmodiábale los versículos del oficio de amor, y extraviaba sus labios y sus manos saboreando á caricias su piel de una blancura mate, sonrosada á trechos, titilante bajo el ciclón de insensatos besos.

En los bronceos brazos del bohemio parecía ella una débil niña, pálida y blanca, temerosa y palpitante á la vez de emoción tierna y sensual, al verse capturada por un bárbaro velludo, como aquellas castellanas que violaban los conquistadores primitivos, consentidoras á pesar de su espanto, de la furiosa caricia que las penetraba. Semejaban ambos uno de esos grupos paganos formados por sátiros burlones y feroces, que, á través de los bosques, y al calor del sol que se filtra por el follaje, se abrazan á las ninfas de desnudas y delicadas carnes, estremecidas de involuntario placer y de voluptuoso espasmo.

---

Han pasado tres meses y estamos en París.

Roberto Antoc acaba de entrar en un despacho frío, amueblado por estanterías de ébano, sillones Imperio, y un macizo bufete cargado de papelotes, tras los cuales aparece sentado un fantoche moreno, solemne, barbado, pesado, soñoliento, el excelentísimo señor D. Alfredo Grimbaud, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, pálida y vaga la mirada, el aire imponente, con la seriedad de un asno meditabundo.

— ¡Ah! ¿es Vd., mi querido poeta? dijo el ministro. ¿Qué de bueno le trae, que no se le ve hace un siglo?

— Hace unos días tan sólo que vuelvo de la costa, y precisamente es á Vd., á quien hago mi primera visita.

— Que le agradezco en el alma, sobre todo si es completamente desinteresada.

— Vd. siempre juzga con acierto, mi querido ministro; se trata en efecto de una petición.

— ¿Para Vd. mismo? ¿Acaso la Comedia Francesa pretende retardar su próximo triunfo?

— Nada de esto: por ese lado no puedo quejarme. El interesado es uno de mis amigos, hombre de gran mérito, y cuyo nombre no debe de serle á Vd. del todo desconocido, á pesar de no haber llegado aún á la altura de que es digno. Yo quisiera obtener para él, en interés de las letras y de la obra dramática que hemos emprendido en colaboración, una importante misión en el extranjero. Estoy seguro de que la llenaría satisfactoriamente.

— Si es amigo de Vd., tendrá sin duda todo el talento que Vd. dice. ¿Quién es?

— Juan Dayel.

— ¿El director de orquesta de los bailes de la Ópera?

— Él mismo. Ha dado pruebas de lo que vale. Yo desearía que pudiera Vd. mandarle oficialmente á la India, á estudiar los cantos populares y religiosos de los indígenas é investigar sus orígenes. Seguramente haría sobre ello un trabajo serio, provechoso para los eruditos, y fecundo en resultados para la ciencia comparada.

— Pero ¿por qué se halla Vd. mismo interesado en ello?

— Porque estoy terminando un drama en verso : *la Waina*, cuya acción se desenvuelve en la India. Aparte el interés general de la misión, Dayel, que compone la partitura de mi obra, sabría impregnar su música con el sabor de los paisajes vistos personalmente, é inspirar sus motivos en los mismos cantos heroicos, y de un encantador misticismo, de que los aires bohemios no nos pueden dar sino una impresión muy vaga.

— ¡Dayel! Pero, ¡sí es un músico de bailes y chanzonetas! *La Hora breve; El amor es rubio, el amor es moreno; ¿No es así?*

— Si, pero hay también la *Canción de Abril*.

El ministro había dejado de acariciar su corta barba negra, entretejida de plateados hilos, y miraba al poeta con el aire estupefacto del hombre á quien se hace una proposición imprevista, ese aire de los días de crisis, en el Parlamento, y que un periodista de la oposición ha comparado á la mirada de un buey de largos cuernos, que, ocupado en pastar, ve de repente pasar un tren y muge.

Era un hombre de conciencia el señor Grimbaud, ó por lo menos tal era la fama ambicionada por aquel profesor de Retórica reacio á toda iniciativa, para quien la Universidad era el Alma mater, el punto de partida y sede de toda capacidad. No concebía las artes y las letras sino encasilladas : talento que se abriera camino por sí mismo, germi-

nado fuera del plantío normal, resultaba á sus ojos nulo, como si no existiera, ó, por lo menos, muy peligroso, irregular.

Él mismo, antes de entrar en el Parlamento, había sido profesor muchos años. Había publicado compendios de Historia y tratados pedagógicos, tanto más recomendados, cuanto que la sumisión del autor á la jerarquía le había procurado la autoritaria benevolencia de sus mayores. En realidad las más conocidas de sus obras no eran más que extractos de los sucesivos historiadores del siglo, tizeretazos dados á Agustín Thierry y á Michelet, datos tomados de los comentaristas de las crónicas, la salsa del plato fuerte de Thiers, condimentada con pasajes enteros de historiadores secundarios citados ó plagiados.

La cartera la conquistó á cornadas (según frase de sus colegas de la Cámara); y nadie le temblaba más que el mismo ministerio de que la casualidad le había hecho formar parte. Unas veces el ministro se había quedado mudo como un pez ante una interpelación; otras había comprometido la suerte del gabinete, con sus pretensiones de orador. Algunas resoluciones suyas habían levantado tempestades políticas, que otro, más hábil ó más sensato, hubiera fácilmente evitado. El gobierno había pensado varias veces en eliminarlo; pero se había detenido ante esta operación demasiado delicada, y

peligrosa para el ministerio entero. Cien veces el señor Feline, el Presidente del Consejo, había subido á la tribuna en lugar del señor Grimbaud á suplirle ó á salvarle y salvar también el gabinete, comprometido por aquel advenedizo que aun llevaba encasquetado el gorro de dómine.

— Alfredo, había dicho la mujer del ministro á un amigo indiscreto, es un lobo viejo que se cree siempre agarrado de las orejas.

Esta paciente bestia, asno, buey, lobo, ministro, cuyas pezuñas tropezaban involuntariamente y quebraban á cada paso todas las fragilidades, se preocupaba sin cesar de su responsabilidad. Se mezclaba en todo y todo lo mezclaba, hablando siempre de su deber, incapaz de comprender el momento oportuno para sustituir la rutina con la iniciativa personal.

Poco al tanto de la vida parisiense, no sospechaba nada de la segunda intención del poeta; y, escandalizado á la idea de confiar una misión oficial, sin previas consultas á las comisiones competentes, á un compositor de segundo orden, conocido sólo en los cafés-conciertos y bailes de la Ópera, no consagrado en fin por la opinión académica, el señor Grimbaud no traslucía nada de lo que se ocultaba bajo aquella petición. Pero, por otra parte, Antoc le merecía consideración. ¿No procedía de la Escuela Normal? Es verdad que había dejado

de frecuentar la calle de Ulm después del primer año de estudios; pero había pasado por allí.

Roberto Antoc seguía abogando calurosamente por su protegido, enumeraba los méritos de Juan Dayel. « ..... Había que prescindir de las necesidades de los comienzos, de la pobreza, causa de tareas apresuradas y deslucidas; había que considerar la situación actual adquirida ya por el joven músico, ante quien abría el porvenir brillantes perspectivas. Sin pretensiones de erudito, tenía obras de verdadero valor, y era ya una consagración, una justicia tributada á su talento, la batuta de director de los bailes de la Ópera, que se le había confiado como al más digno. »

— ¡Diablo! ¡Diablo! murmuraba el ministro. — ¿Pero qué van á decir? He dado algunas misiones no mucho más urgentes, es verdad, pero á hombres serios y laboriosos, á gente de peso.....

— Ya que no de mérito, interrumpió el poeta. Pero el ministro rehusaba:

— Pídame Vd. otra cosa... ya se verá, ya se verá...

— Mi drama no espera más que ese complemento, la música de ese maestro de mañana, señor ministro; mi éxito depende de la respuesta de Vd.; se trata de una innovación atrevida, que ha de hacer mucho ruido.

Y Antoc, observando el rostro visiblemente con-

trariado del gran maestro de la Universidad, recordaba una anécdota que había divertido á todo París y que le obligaba á él á esforzarse en contener la risa. Contábase que, despertado cierta mañana por un amigo, que había ido á solicitar su apoyo para erigir un busto á Pablo Verlaine, en el jardín del Luxemburgo, el señor Grimbaud había dejado la cama de un salto, y grotesco en su blanca indumentaria hinchada por el voluminoso abdomen, erizadas sus enjutas piernas de una pilosa aureola, había estado cinco minutos así, protestando. Con la mano izquierda sobre el corazón, y la derecha levantada en actitud tribunicia, repetía, dejando asomar pesadas y velludas posaderas por el faldón de la camisa :

— ¡ Vd. no sabe lo que dice, mi querido amigo ! Para ese Verlaine, un busto. ¡ No ! ¡ no ! No puedo : yo soy guarda de almas, querido, ¡ soy guarda de almas !

El mismo Grimbaud había rehusado representar al gobierno en los funerales del último de los Goncourt. Un ministro más parisiense habría visto ó adivinado la razón que impulsaba á Antoe á solicitar una misión en la India, para su colaborador ; pero el señor Grimbaud era demasiado obtuso para ver más allá de lo que se le ponía ante las narices ; y no se aventuraba á averiguar interioridades, más que cuando iba á ver á las actrices, y

una vez, mal dirigido, á una célebre elegancia, Liana de Pougy, para repartir premios académicos...

— En fin, repuso, déjeme Vd. reflexionar, mi querido maestro..... Esto podría hacer sombra á algún otro compositor : la opinión quizás lo criticaría. Hay gente muy lista... enemigos del gobierno... que podrían deducir... insinuar...

— No hay, sin embargo, en ello nada anormal. Dayel subirá como otros muchos, de menos mérito quizás... En fin, querido ministro, yo me permito esperar de su bondad, de su justicia, esta muestra de aprecio, no sólo para mi colaborador, sino para mí, alumno como Vd. de la Escuela Normal...

— Ea, exclamó el ministro, vencido al fin, débil siempre que se insistía en el compañerismo universitario, veo que tiene Vd. mucho empeño. Recuerdo también que el Presidente de la República agradeció mucho la dedicatoria que le hizo el amigo de Vd. de un vals franco-ruso, que, por lo menos, prueba su patriotismo...

La partida estaba ganada : la misión á las Indias era segura. El poeta se deshacía en agradecimiento, satisfecho de su éxito, más difícil de obtener ante aquel fanteoche poderoso, que ante el público con una obra brillante y vacía. — Largos meses de amor se abrían para Marta y para él, gracias á su habilidad para alejar al marido enamorado y molesto.

ción, la consecuencia de sus primeros éxitos; y ella no quería embarazar el camino de su triunfo, de su gloria definitiva, que entreveía para él al fin de aquella ardua empresa, ahora que todos los obstáculos desaparecían á su paso, que cada día se hacía un nombre más apreciado y aplaudido entre sus compañeros.

Un mes vivieron en Lisé ambas familias, en la Casa de las Rosas. Su intimidad se había estrechado aún más desde que, en la costa, habían vivido continuamente los unos en casa de los otros. Siempre se veía juntos por las inmediaciones á los dos colaboradores, departiendo sobre su obra común, dando largos paseos por los caminos, ó sentados en algún ribazo, entre los árboles, á la orilla de algún arroyo florido de cañas, lirios ú otras plantas acuáticas.

Pero Dayel no podía resolverse á partir, más enamorado que nunca de su rubia Marta. Llevarla era imposible. El viaje era largo, peligroso: á ella le daba miedo el mar. Y luego, la niña, ¿ á quién confiarla tanto tiempo? La duración del viaje, nadie más que él mismo debía limitarla; pero necesitaba meses para poder hacer un estudio profundo, y redactar el informe para el ministerio. Juan Dayel comenzaba á mostrarse indeciso, emprendía trabajos que debía terminar, antes de partir para aquella comisión, que adulaba al ar-

## XIX

— Marta, querida mía, los periódicos anuncian que parto en comisión á la India.

— Al fin has conquistado la celebridad, suspiró ella. Á la vuelta serás condecorado. Deberás á Antoc la cinta roja. Tienes que darle las gracias, lo más pronto posible.

— Sí, voy á ir: nos ha traído la suerte. Además, si tú quieres, ya que hace un otoño tan hermoso, aprovecharemos los últimos días para invitarlos á todos, á Roberto, á madame Antoc y á sus hijos, á venir á Lisé.

— Si te parece, podríamos quedarnos allí hasta tu partida para la India.

Á Dayel le apesadumbraba ver á Marta tan pronto resignada á verle marchar y para tanto tiempo. Pero ninguna sospecha asomaba en él, completamente confiado en la lealtad de su dulce y adorada nena. La misión aquella era la continua-

tista, pero que le apartaba de Marta, de su mujer, de su adorada.

Un día abrió su corazón á Antoc, le contó su pena y su resolución de renunciar á una tarea que no se atrevía á llenar. En realidad él no podía dejar así á su mujer, no concebía la vida en la soledad, privado de su compañía, de la dulzura de su voz, de su ternura. Antoc escuchó la confidencia sin que su rostro traicionara la preocupación interior que le roía, la viva contrariedad que le causaba aquel amor del marido sin cesar interpuesto entre Marta y él.

Á veces, sin embargo, se irritaba contra la ceguedad confiada de aquel hombre, á quien engañaba y burlaba sin escrúpulo, se enardecía en cólera contra la simpleza y la imbecilidad de Dayel. Marta no se hallaba libre para amarle como él sabía que le amaría cuando la presencia de Juan no avivase en ella el remordimiento. Estaba ya cansado de las caricias apresuradas, de los disimulos y temores que les imponía aquel marido rubio, débil y perpetuamente enamorado.

---

## XX

Ha pasado un mes.

Bajo la negrura del cielo, trotan los caballos, barriendo el polvo con sus empenachadas colas; y las mulas enjaezadas de rojo cuero, seguidas por dos flacos camellos de cuello largo y pelado. Jinetes árabes de blanco albornoz, envuelta la cabeza en muselina, escoltan la caravana. Y, entre ellos, el naranjado vestido del caíd que los manda, marca una pincelada chillona sobre el largo tapiz de sombría verdura, de hierba, de altas y frondosas plantas que apagan las pisadas de los cuadrúpedos en un silencio triste, en que tintinean, al chocar contra las monturas, las armas, los largos fusiles, cuya taracea brilla con cobrizos reflejos.

El cielo, encapotado de nubes, que oscurecen la atmósfera en que flota pesada bruma, aparece rojo en el horizonte, como una inmensa hoguera que fulgurara á lo lejos en purpúreas llamas, sober